

Córdova escribe conservando siempre sus iniciativas creadoras al margen de las exigencias literarias. Habiendo escrito mucho, no ha querido ser nunca un profesional de la literatura, sino un expositor claro y enérgico de realidades e ideales del mundo moral. En sus páginas, ya numerosas, política y sociología, crítica literaria e historia, sus géneros preferidos, siguen esa definida orientación ética. Y los valores puramente literarios que hay en su obra, en ese eticismo tienen su raíz. En este caso, la vida de Sanguily se contempla como conducta, como dramática lucha contra fuerzas morales opuestas, como filosofía vivida. Son hechos que despiertan el entusiasmo, reacciones que excitan la indignación y la protesta, motivos para hacer resaltar la necesidad de un criterio moral en la base de todas las cosas humanas. Y por tal camino, llega el autor algunas veces a la elocuencia enérgica, y consigue escribir las páginas de mayor ponderación y equilibrio de cualidades que hay en toda la obra, como las del capítulo primero, consagradas a la evocación de la figura magistral de Luz y Caballero y a la defensa de las virtudes socráticas ejemplificadas en todo héroe civil de la historia.

Utilizada buena documentación y variada y extensa bibliografía, el libro posee la necesaria riqueza de materiales históricos del género biográfico; pero no hay en él la información sistemática, la de la cronología y el número, propia de las biografías científicas y de las reconstrucciones documentales, sino la información indirecta, expresiva, significativa, de la cual el lector, por la vía de la síntesis, deduce conclusiones y termina la semblanza.

Desde dicho punto de vista, puede decirse que este libro de Córdova no comunica la impresión de un libro terminado; pero ello no es un defecto, sino una loable característica. Es, en suma, una biografía emocionada, espontánea, destinada a terminarse en el ánimo del lector, atrayendo su atención y comunicándole la cálida emoción del biógrafo.

RAIMUNDO LAZO,
Universidad de la Habana.

GERARDO GALLEGOS, *Beau Dondón conquista un mundo*.—La Habana, Editorial "La República", 1943. 230 pp. \$1.00

"Durante más de un medio siglo —fines del siglo XVIII hasta mediados del XIX— Saint-Domingue fué escenario de un drama espectacular, tan intenso y profundo en sus raíces humanas, como, quizás, pueblo alguno del Continente lo viviera desde el Siglo de la Conquista hasta el presente . . . , escenario de una guerra de pueblos, de banderas, de ideologías y de razas." La novela histórica de Gerardo Gallegos *Beau Dondón conquista un mundo* refleja esta lucha.

Descendiente equívoco del pirata francés Roger de Bouquet y de una desconocida madre negra, Beau Dondón se hace caudillo de las mu-

chedumbres negras que anhelan libertarse. La ideología del movimiento es la suya. Es sencilla, y en forma llana aunque vacilante la profesa él a la docena de hombres que constituyen su estado mayor militar: "Beau Dondón amigo de lo español contra lo francés, pa'cabal con lo español y con lo francés. Beau Dondón sólo amigo de Beau Dondón y de lo negro."

De tan humilde y nada gramático origen, Beau Dondón crece no sólo en poder militar sino también en comprensión intelectual de la política mundial en cuanto ella se relaciona con su isla, y en el poder verbal de expresión de las cosas que comprende. Quizás en esto reside la principal debilidad del libro: su protagonista progresa demasiado y muy de prisa. Pero al principio y al fin dicho protagonista es un símbolo más que un carácter — el símbolo de una raza oprimida que lucha a tientas, primero con sus crudas venganzas de sufrimientos pasados y finalmente adquiriendo el sentimiento de la dignidad personal basado en el de la libertad individual. La historia de la lucha de razas y de clases se proyecta, a largas distancias, sobre la figura sola de un caudillo simbólico.

La lucha se desenvuelve contra un fondo de política mundial, por cuanto las guerras entre españoles, franceses e ingleses tienen su contraparte en Haití. Al principio Beau Dondón conduce a sus hordas negras en lucha contra los franceses; para lograr el éxito en esa lucha por el poder y la venganza, él hace uso de aliados ingleses, tal y como ellos hacen uso de él. Y no obstante, esos aliados le temen a Beau Dondón, porque es un peligro para el dominio de la isla por los blancos, y las guerras de Saint-Domingue son guerras de blancos contra negros, así como guerras entre naciones rivales y guerras por el poder personal. Bajo su autoridad "estos negros caballeros se han juramentado contra los blancos. Han decidido, una vez por todas, extirparlos de la isla como se extirpa la mala hierba. No importa que, aparentemente, se sometan y colaboren con los aliados anglo-españoles en guerra contra los franceses. Sus odios reprimidos, sus ansias de venganza no hacen distinciones".

Entre el fuego de la lucha se refinan los odios. La horda que sigue a Beau Dondón aprende tanto como su caudillo. Los ingleses notan el cambio. "Ya no es el prestigio de un caudillo lo que enardece, hasta el renunciamiento de sus propias vidas, a esa muchedumbre compuesta de hombres oscuros, ignorantes, despreciables . . . No es tampoco la esperanza de pillaje después de la victoria. Es una idea, una esperanza, un símbolo de redención para sí y para los de su raza, lo que brilla con claros fulgores en lo profundo de sus claras pupilas." Una tal transformación bien podría parecer abrupta para ser realista, pero si no se considera la unidad de tiempo, bien podría ser verdadera.

De repente, ilógicamente, termina la guerra en Haití. La monarquía española —sin miramientos a su aliado británico— ha firmado un tratado de paz con Francia. Ahora, que ya no hay guerra entre Francia y España, las fuerzas inglesas aliadas de España se hallan sin causa por que luchar y se retiran a sus bases de Jamaica. Haití se convirtió repentinamente en colonia francesa. Pero antes de partir, esas fuerzas tienen una cuenta pendiente que arreglar: Beau Dondón tiene que pagar su desertión al campo

francés, y debe ser entregado para que se le juzgue y castigue. Comprendiendo que de sacrificarse a sí mismo puede depender la vida de sus sitiados seguidores, Beau Dondón se rinde y entrega. Su misión está terminada: ya los miembros de su estado mayor han aprendido el valor de la libertad y continuarán viviendo y luchando por ella. Por el momento toda Haití podrá pertenecerle a Francia, pero los secuaces de Beau Dondón tienen ya una nueva doctrina: "Toda Haití para los negros." Los españoles podrán haber firmado la paz con los franceses, pero sólo ahora comienza en Haití la verdadera guerra. Es una guerra de razas; una guerra entre opresores y oprimidos; guerra de negros contra blancos, de esclavos contra los amos, sin tregua ni cuartel, hasta que puedan aquéllos lograr su libertad. Beau Dondón les ha enseñado los caminos de la libertad, y por lo mismo muere.

En el vasto lienzo en que Gallegos ha pintado, simbólicamente, el drama arrebatador de las luchas de razas y de clases, ha dibujado también bocetos de personajes y de situaciones. Notable entre todas sus descripciones es la de los ritos del *Voodoo*. Dignos de nota son entre otros los caracteres del jesuíta Anselmo, el mulatigo que llegó a ser chambelán de una corte de remedo, Madame Jacinthe y su rival Jacqueline.

MADALINE W. NICHOLS,
Washington, D. C.

NORBERTO PINILLA, *La generación chilena de 1842*.—Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1943. 227 pp.

El año 1842 marca en Chile el momento en que aparece la primera generación que, con sentido claro de las realidades y del porvenir de la nación, aborda las tareas intelectuales superiores. Es el período en que los intereses vitales de nuestra sociedad se traducen en la palabra escrita, que aspira a quedar como signo imperecedero. Una juventud inquieta y bien dotada prepara su pensamiento y lo transforma en arma o instrumento de vida que busca su propio destino.

La clase aristocrática chilena, dotada de sentido práctico y unida por sus intereses económicos, logra imponerse y establecer el orden político, armonizando la tradición colonial con la República. Tal es el significado del régimen portaliano. El gobierno conservador no puede impedir el desarrollo cultural, a pesar de su espíritu ultramontano. La permanencia de las instituciones y la honradez administrativa crean, por otra parte, el ambiente propicio para el crecimiento de la cultura. La juventud busca su camino y bebe en las fuentes del saber con la avidez del sediento. De aquel noble afán nace el movimiento literario de 1842.

El conocido escritor Norberto Pinilla, con clara visión del significado de esa "hora auroral de las letras chilenas", ha compuesto su ensayo titulado *La generación chilena de 1842*, en un marco preciso y objetivo,